

SALVADOR RUEDA

POESÍAS
ESCOGIDAS



100317

MADRID
BIBLIOTECA RENACIMIENTO

V. PRIETO Y COMP.ª, EDITORES

Pontejas, núm. 8

1912

32375

861
R.

PQ6633

-V3

A17

L912



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.
Todos los derechos re-
servados.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CANTOS DE LA VENDIMIA

LA MARIPOSA

Vuela, vuela, vuela,
mariposa loca,
párate en las flores,
párate en las hojas.

Por el golfo de oro
de la ardiente atmósfera,
resbala trazando
figuras ilógicas.

Hélices del viento
son tus alas prontas,
que reman en mares
de lirios y rosas.

Polvo de colores
tu túnica entolda,
y el sol con sus hilos
la teje y la borda.

Párate en las flores,
párate en las hojas,
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

De la pasionaria
bella y dolorosa,
pósate en los clavos
que el cáliz adornan.

Salta á los martillos
poblados de aljófara
que hay de la azucena
en la blanca copa.

Vuela á los jazmines
que en la reja asoman,
y sobre ellos tiende
tus alas sedosas.

De la campanilla
entra en la corola,
y en su azul columpio
mécete gozosa.

Pasa resbalando
por las zarzamoras,
salva las espinas
y toca las hojas.

Tiembla en los claveles,
titila en las rosas,
palpita en las juncias
y en los lirios flota.

Gira, corre, pasa
por las flores todas;
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

Cuida que en tus hilos
las arañas toscas,
no enreden tus alas
de piedras preciosas.

Cuida que en sus hilos
que á prenderte corran,
no toquen el polvo
que el pincel te coja.

Cuida cuando cruces
por la bella obra
del pintor brillante,
que el pincel te coja.

Cuida no te encienda
la luz que devora,
no te pille el pájaro,
ni el aire te rompa.

Gira siempre rauda,
cruza siempre airosa,
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

De la luz prodígio,
tus alas vistosas
se mueven y giran,
se alejan y tornan.

De la pasionaria

Flor-nave, te internas
del sol por las ondas,
y en ráfagas de oro
te pierdes y engolfas.

En tu cuerpo llevas
un himno de notas
doradas y azules,
moradas y rojas.

Si las alas juntas,
espíritu toda,
nada en el espacio
ocupa tu forma.

La luz te ha tejido
de sedas hermosas,
y la fantasía
tiene en tí su gloria.

Arte por el arte,
tu tendencia sola
es ser bella y pura,
es ser mariposa.

Gira, corre, pasa
por las flores todas;
vuela, vuela, vuela,
mariposa loca.

RIE QUE RIE

Ríe que ríe; la rosa
en el capullo plegada,
se asoma leve riendo
por el botón de esmeralda.

Ríe que ríe; en el lirio
vierte la risa sus gracias,
y de la flor las despliega
sobre la copa morada.

Ríe que ríe; en el vivo
clavel de encendidas llamas
revienta alegre la risa
en explosiones de grana.

Ríe que ríe; mirando
perderse á dos tras las ramas,
¡suelta su risa á torrentes
la boca de la granada!

EL RUIDO DE LOS ELICTROS

Se dió en los lagares descanso á los cuerpos,
se echaron los toldos de tablas y lienzo,
apagóse, mustio, el sol en los cerros
y alzan en el campo su ruido los élictros.

Ya del muerto día no brilla un reflejo,
lanzan las esquilas rumor soñoliento,
se van difumando peñascos, senderos,
cascadas y ríos, laderas y huertos.

Tras de los vallados medrosos y negros
zarzalea el buho y exhala su acento,
el sapo remueve su viscoso cuerpo
y tijeretean los leves insectos.

Todo toma visos de imposible sueño,
las cosas varían de forma y de aspecto,
la sombra es más densa, y todo está lleno
de rumor vibrante de confusos élictros.

Sobre la veleta de oxidado hierro
un duende parece que agita su cuerpo,
ronda el campanario con torcido sesgo
deforme aguilucho de plumaje negro.

En las rotas tapias del casuco austero,
los seres que dicen agítanse dentro,
las grietas ocupan, espantos fingien lo
y hacen gestos mudos y carnavalescos.

Las hondas cañadas se pueblan de espectros
que van la hojarasca ruidosa moviendo,
y en el aire flotan y nadan revueltos
los medrosos ruidos de los broncos élictros.

Las cosas del día que encerró el cerebro
aleja y disloca confuso el recuerdo;
de lejana fecha parecen remedo,
algo de otra vida, algo de otro tiempo.

A esa hora levantan las fuentes sus rezos
y es la en que se queja más triste el enfermo,
midiendo, abrazado con ansia á su cuerpo,
de la obscura noche lo largo y lo eterno.

Las voces que exhalan los errantes perros
de lo lejos vienen cual débiles ecos,
y aturde el oído el vago concierto
y el vibrar constante de los broncos élictros.

Allá en las estancias del palacio viejo
cruje el maderamen de los altos techos,
y en la vidriera sin luz ni reflejos
pica atolondrado el pájaro ciego.

La noche diabólica sus raros misterios
pasea en desfile macábrico y negro,
y la extraña danza de cosas y sueños
prosigue al confuso rumor de los élictros.

LA CIGARRA

Canta tu estrofa, cálida cigarra,
y baile al son de tu cantar la mosca,
que ya la sierpe en el zarzal se enrosca
y lacia extiende su verdor la parra.

Desde la yedra que á la vid se agarra
y en su cortina espléndida te embosca,
recuerda el caño de la fuente tosca
y el fresco muro de la blanca jarra.

No consientan tus élictros fatiga,
canta del campo el productivo costo,
ébrria de sol y del trabajo amiga.

Canta, y excita el inflamado Agosto
á dar el grano de la rubia espiga
y el chorro turbio del ardiente mosto.

LOS HILOS DE ARANA

Sus toscos telares tienden las arañas
desde las chumberas á las cornicabras.

En la red brillante de hebras platëadas,
las moscas cerdean cautivas sus alas,
y el vampiro horrendo que su cuello clava,
de la sangre chupa hasta verla exhausta.

El nidal de nieve que los hilos atan,
el capullo enseña del ovario estancia;
millares germinan en su tela blanca
de arañas que prontas tejerán su randa.

Los niños recogen las fofas crisálidas
rompiendo el tejido con palos y cañas,
y abren el capullo que el misterio guarda,
y un tropel se agita de breves arañas.

En la siesta de oro ocupan su malla
las patas abiertas, colgando la panza,
columpio á su cuerpo haciendo las zancas
y abiertos los ojos que vivos irradian.

Del insecto leve que su nota lanza
miran si la trompa se enreda en la gasa,
y cuando los vuelos á las hebras ata,
corren por el lienzo á coger la caza.

En los hilos ténues la luz se derrama
y engendra matices y líneas doradas,
destellos pajizos por púrpura cambia,
por blancos carmines y verdes por grana.

En su tela agrupa la flotante hamaca
los bellos colores del vívido nácar;
y si el toldo tiembla, la luz por él pasa
rubí, perla y oro, azul, rosa y ámbar.

CANDILAZO

Por la erguida cresta de negra montaña
viene la tormenta ceñuda y airada;
le antecede el viento que dobla las cañas,
cimbrea los juncos y agita las parras.

Chispazos de lluvia vibrando se clavan
en el suelo, ansioso de frescura y agua;
las tejas repican con voces cascadas,
y dan las veletas sus notas metálicas.

El duro granizo extiende y desata
de cables tendidos la sábana blanca,
y las fuertes cuentas rebotan y saltan
en árboles, piedras, paseros y casas.

Del plátano verde por las hojas anchas,
alzan los granizos sonoras escalas;
la parra es un tímpano que vibra y que encanta,
el sauce una lira y el álamo un arpa.

Las voces de auxilio que tristes se exhalan,
 en ruido de vientos perdidas cabalgan;
 deshecho su idilio, los pastores vagan
 tras de sus dispersos rebaños de cabras.

Es todo un lamento, un llover de lágrimas,
 batallan los vientos con la fuerza humana,
 y la luz funesta del trágico drama
 es la del relámpago que lívido pasa.

De la lluvia luego, pacífica y mansa,
 el eco uniforme resuena en las ramas;
 el iris brillante que enciende sus bandas
 con arco de triunfo los cielos escala.

Brilla el *candilazo* en huertas, montañas,
 collados y ríos, laderas y playas;
 la mar resplandece á fuego dorada;
 los lagos son oro, las crestas son llamas.

Muestra el horizonte candelas de grana;
 el cielo se incendia; los montes se abrasan;
 destellan las fuentes, y en ellas igualan
 corales las piedras, rubíes las aguas.

Cuando lejos suena la recia tronada,
 entre el *candilazo* que todo lo inflama,
 sobre los granizos los niños se agarran
 para hollar la alfombra de perlas nevadas.

LA CLUECA

Todo en la siesta
 se rinde al sueño,
 menos las mozas
 en los paseros;

menos las mozas
 y los polluelos,
 que de la clueca
 forman cortejo.

De los tejados
 por los aleros,
 de los chocines
 bajo los techos,

entre las uvas
 de claro seno,
 y por las pasas
 y los fruteros,

la avispa, el tábano,
la mosca, el terco
sutil mosquito
de leve cuerpo,

todo lo llenan
de varios ecos,
de alas vibrantes
y abejorreos.

Quieto el canario,
mira suspenso
del campo verde
la luz y el fuego.

La vid compone
con sus sarmientos
mustia corona
de rostro ébrio.

Las madre selvas
mecen sus flecos
cabeceando
de dulce sueño.

De las paredes
en los extremos
las lacias rosas
se dan los pétalos.

Cansancio lúbrico
bate los pechos,
el campo duerme,
todo es silencio ;

sólo la clueca
levanta un eco
llamando á voces
á sus polluelos.

La olla que hierve
con ritmo lento,
lanza á la vida
su canto eterno.

El perro enarca
su lomo crespo,
y al lobo imita
su desperezo.

Por la ventana
se ve á lo lejos
la tralla lenta
de los barqueros ;

todos encorvan
el torso recio,
y tiran, tiran
del copo inmenso.

De entre las olas,
de tiempo en tiempo,
salobres átomos
conduce el viento.

Siguiendo el rumbo
del manijero
van las cuadrillas
á los paseros ;

y cuando pasar,
van esparciendo
vigor robusto
y olor de cuerpos.

La siesta aviva
su fosco incendio,
y entra en los ojos
el blando sueño.

Las ramas tristes
penden cual velos,
el campo duerme,
todo es silencio ;

sólo la clueca
levanta un eco
flamando á veces
á sus poyuelos.

LA COLMENA

*A mi ilustrado amigo D. Antonio
Sanchis Balbi.*

En su claustro oscuro
poblado de celdas,
igual que las monjas
viven las abejas.

—Hermana querida—
exclama una de ellas—
permitid que salga,
que hay una azucena
esperando darme
no sé qué fineza.

—Pase—le responde
la hermana portera.

—En un huerto lindo—
exclama otra abeja,—
un lirio me aguarda
muerto de impaciencia.

—Pase, hermana, pase—
repite la vieja.

—Derramando olores

en una maceta
 me espera una rosa
 á la luz abierta.
 —Salga, hermana, salga,
 y que pronto vuelva.
 —A un clavel brillante
 que un jardín recrea,
 arreglarle tengo,
 hermana portera,
 pistilos y estambres
 que ansiosos se enredan.
 —¡Qué escándalo, hermana!
 ¡Jesús, qué vergüenza!
 Vaya, y que termine
 la amante contienda.
 —A una margarita
 que la muy parlera
 ha echado las cartas
 á una niña bella,
 y la niña llora
 contraria respuesta,
 tengo que ir á darle
 una reprimenda.
 —Pase, hermana mía,
 ¡Dios me dé paciencia!
 —Hay una magnolia
 con aire de reina,
 que el viento en su tallo
 meloso cimbrea;
 su cáliz no tiene
 las hojas abiertas,
 y el sol para abrirlas
 carece de fuerza,
 ¿Voy á abrirlo, hermana?
 —¡Bendito Dios sea!
 ¡Valme Jesucristo!

¡Que esto aquí suceda!
 Ande la mundana
 y abra lo que quiera.
 —Me tiene citada
 para echar la siesta
 en su lindo seno
 una madre-selva.
 —¿Por fuerza han de oirse
 estas desvergüenzas?
 Vaya, y que aproveche.
 Nada, es cosa hecha;
 esta tarde misma
 ceso de portera.

Así están las vírgenes
 dentro de las celdas,
 dentro de su claústro,
 con la diferencia
 única y precisa
 de que en la colmena,
 unas monjas salen
 y otras monjas entran.

EN TROPEL

EL CANTO DE LAS CARRETAS

Por la altas montañas del verde Asturias,
por los desfiladeros y los barrancos
donde fingen las rocas greñas de furias
y gradas de gigantes los recios flancos;
donde las simas lanzan de entre sus bocas
en contracción eterna picos valientes,
y cincelan los ríos, dando en las rocas,
monstruos en los declives y en las vertientes;

al dar tras de las crestas el rojo disco
que las luces del día lleva sujetas,
se escuchan rebotando de risco en risco
los ecos rechinantes de las carretas.

Su música salvaje de agria armonía
se une al bravo torrente que hayas destronca,
y yo no sé qué acordes hay de poesía
en su canción terrible, bárbara y ronca.

El gañán, entre el juego de los varaes
lentos hasta las puntas de yerbo verde,
lanza una copla triste que en los maizales
y en los altos castaños larga se pierde;